

I.

Espiritu de la Edad moderna.

Si consideramos la edad de la reforma como puente sobre el cual la civilización europea pasó del mundo de la Edad media al mundo de los tiempos modernos, podemos caracterizar el contraste de aquél con éste en los siguientes términos: Creer y saber, fantasar é investigar, romántico y sensato, eclesiástico y mundano, clerical y humanista. Sobre estos contrastes elévase la aspiración fundamental de la Edad moderna; que el desarrollo de la sociedad humana no ha de verificarse como hasta entonces se afirmaba y se creía, según pretendidas é imaginarias leyes divinas, sinó conforme á las verdaderas leyes de la naturaleza y las consiguientes determinaciones de la razón humana.

No hay necesidad de demostrar que esta teoría moderna marca un progreso inmenso sobre el dogma de la Edad media. Desde *aquel* tiempo que los héroes más ilustres de la humanidad, es decir, sus grandes pensadores é investigadores empezaron á reemplazar la fê ciega con el saber y el comprender; desde *aquel* tiempo que sometieron los dogmas trasmitidos y declarados sagrados é infalibles por el clero al microscopio de un exámen crítico desprevenido; desde *aquel* tiempo empezó la sociedad á librarse gradualmente de la servidumbre del pupilaje clerical.

En la Edad media toda la existencia había estado encerrada en los muros de la Iglesia, y desde su nacimiento hasta su entierro el hombre había tenido la facultad de moverse y menearse solamente hasta donde se lo permitían los férreos andaderos de la doctrina clerical. El que se libertara ó solamente lo intentara fué aplastado sin compasión; es verdad que esta opresión había provocado cierta resistencia en una época relativamente temprana; pero en la Edad media y aun en la de la reforma esta resistencia había sido puramente religiosa; de modo que la reforma eclesiástica del siglo xvi cambió solamente la forma de la tutoría clerical dejando subsistir el fondo. La razón de esto es obvia, pues cuando Lutero y sus compañeros reformadores establecían el principio de la libertad de conciencia y por consiguiente de la libre investigación, renegaban inmediatamente y rechazaban de hecho este principio «protestante», encadenando la libertad de pensar é investigar al cepo de la letra de la Biblia. Ni era esta la única contradicción que encerraba el teologismo refor-



«EL VIEJO FRITZ.»

(FEDERICÓ II DE PRUSIA.)

mador. ¿Pues en qué descansaban la fe en la autoridad infalible de la llamada Biblia? En la fe, en la autoridad infalible de la tradición eclesiástica, que había encontrado en el papado su expresión suprema, su personificación. Lógicamente, caducando la autoridad de la tradición eclesiástica, había de caducar también la autoridad de la Biblia como fundada en aquella; pero como la teología nunca ha hecho caso de la lógica creía que podía conservar la conclusión aunque rechazaran la premisa. La consecuencia necesaria de esto fué que el teologismo protestante, aunque produjera muchos importantísimos estímulos para el fomento de la cultura intelectual y material, en conjunto no adelantara la sociedad ni por consiguiente el pueblo alemán, sinó que tan sólo le hiciera dar vueltas. También hemos visto en el capítulo tercero, que aun el mejoramiento de las costumbres por la reforma no es más que una frase de la parcialidad confesional desmentida por los hechos en todas partes; que en los siglos xvi y xvii la superstición más crasa se hallaba arraigada en los círculos protestantes del pueblo alemán, tanto como en los católicos; que en las cortes protestantes la gula, la embriaguez y los excesos sexuales no andaban ménos descarados y á veces hasta más que en las católicas; y esto lo puede negar solamente la ignorancia ó el interés de partido.

Pero ni aun estos dos se atreverán á negar que el protestantismo tenía que oponer a la naciente luz de la Edad moderna una potencia de tinieblas mucho más débil que el catolicismo, poseyendo éste la ventaja de una organización cerrada, de una disciplina que le hacían igualmente hábil para la defensa como para el ataque. Además la Iglesia católica no sabía nada de los escrúpulos que acometían á veces á las confesiones protestantes cuando estas se acordaban de que su verdadero origen estaba en el principio de libertad. Estos escrúpulos producían en el protestantismo enfrente de los fenómenos nuevos, coetáneos ó poco posteriores al mismo, frecuentemente cierta oscilación é incertidumbre que le llevaron á admitir compromisos que el catolicismo rechazaba consecuentemente. De ahí se explica que el espíritu de la Edad moderna que se manifestaba en aquellos fenómenos, á despecho del teologismo pudo entrar más fácil y prontamente en las poblaciones protestantes que en las católicas.

Las manifestaciones del espíritu moderno á que nos referimos, nuevas potencias vitales, ideales y positivas, han sido el humanismo, cuyas conclusiones tendían á una secularización, á un amundanamiento, por decirlo así, de toda la manera de ver, sentir y pensar; luego la geografía ampliada que dilatada con el horizonte físico de los hombres, así mismo el moral, enriquecía la agricultura con la importación de nuevas plantas, comestibles y fecundaba la industria y el comercio de Europa con la abundancia de metales preciosos de América; después el grandioso crecimiento de las ciencias naturales y finalmente el advenimiento de la idea moderna del Estado.

El teologismo, tanto el católico como el luterano, tenía motivo para oponerse con todas sus fuerzas y medios á la inmensa revolución científica que promovieron Copérnico, Keplero y Galileo, demostrando que el sol es el centro de nuestro sistema planetario y sustituyendo así la teoría geocéntrica de

la Edad media con la heliocéntrica. Pues desde que nuestra pobre pequeña tierra ha cesado de ser tenida por el centro inmóvil del universo; desde que no es más que un diminuto planetillo que gira alrededor del sol; desde entonces la alucinación, como si el universo hubiese sido creado por amor al hombre, ha quedado barrida de las cabezas de los hombres pensadores, es decir, por ahora solamente de una pequeña minoría del género humano. Mas en esta ilusión de grandeza basábase todo el edificio dogmático judío-cristiano, que por lo tanto flota en el aire desde el momento que le ha sido sustraída la base. Simultáneamente con este golpe que le penetraba hasta la médula de los huesos, el clericalismo recibió un choque tremendo por parte de la idea moderna del Estado, que era una consecuencia lógica del amundanamiento del modo de ver de los hombres. Si no expresamente, al ménos tácitamente fué admitido que los Estados en adelante no debían depender de intereses espirituales sinó de mundanos; sin negar el otro mundo, se hacía de este el objeto principal de los cuidados y de la actividad, fundada en las necesidades y exigencias de la vida real. Esta precisamente era la idea política moderna, que se realizó primeramente bajo la forma del despotismo de los príncipes, de la monarquía absoluta. Uno de aquellos magníficos chistes cuyas carcajadas atraviesan cual rayos el nublaje de tragedia de lo que se llama Historia universal, ha querido que fuera un cardenal de la Iglesia romana, Richelieu, el que realizara primero la idea política moderna haciéndola práctica de Estado. Richelieu era uno de esos hombres predestinados que parecen en la historia siempre en el momento cuando son necesarios. Él ha creado la monarquía absoluta que en todas partes de Europa donde llegó á desplegarse completamente y sin obstáculo, se ha presentado como un adelantó incontestable, como una gran potencia civilizadora. Ciertamente era un tremendo dragón pero se tragó mil dragones pequeños, dragones feudales y dragones clericales; acabó con la anarquía de la nobleza, forzó la Iglesia á admitir la idea de Estado y creó el órden, es decir, la condición previa de toda civilización superior. Pues solamente un órden estable que, tal como los hombres son, no es posible si un sistema de policía rígido y riguroso hacía dable una agricultura regular que tuviera en cuenta no solamente la actualidad, sinó también lo por venir, dependiendo de ésta á su vez el incremento extenso é intenso del comercio y de la industria. Una agricultura racional, una industria multiplicada y un comercio dilatado, producían juntos prosperidad y riqueza, que á su vez alentaba y recompensaba la actividad científica y artística. Luego los descubrimientos de los sabios y las creaciones de los artistas ensanchaban cada vez más el círculo de la cultura, sembrando incesantemente nuevas sementeras de pensamientos que, creciendo á tallos y madurando á espigas, nutrieron nuevas facetas de evolución de la sociedad europea.

Mirándolo así, y no cabe duda que este modo de ver la historia de la civilización es exacto, el absolutismo monárquico del siglo xviii se nos presenta como precursor y prelaborador necesario y eficazísimo del democratismo de nuestra propia época; y si examinamos más de cerca las relaciones entre aquél y éste, hallamos confirmada de nuevo la verdad antigua, que los eternos

escolares, los hombres y los pueblos no pueden saltar ninguna clase de la interminable escuela de educación del género humano. Por esto el desarrollo del absolutismo en sí no ha sido una desgracia para Alemania; la desgracia fué que el dragón grande no llegó á desarrollarse completamente, sinó que conforme á la antigua calamidad del sistema de los Estados pequeños se subdividió en una multitud de dragones pequeños y que con frecuencia precisamente los más pequeños eran los más feroces, como si se tratase de presentarse como verdaderos mónstruos por la gracia de Dios. Para la suerte futura de Alemania ha sido innegablemente de importancia suma el que en el Norte había sido fundado por los Hohenzollern un Estado que, á partir del reinado del gran elector, tenía la disposición necesaria, tanto en la guerra como en la paz, para crecer y formar una potencia grande y hacer predominar en Alemania la monarquía absoluta. El 18 de enero de 1701 en que el elector de Brandenburgo, Federico III, se puso con su propia mano la corona real de Prusia en la sala de audiencias del palacio de Königsberg, ha sido sin duda un verdadero día predestinado para la suerte de Alemania. Aquel hombre era pequeño á pesar de sus tacones-zancos y su enorme peluca, pequeño no solamente de estatura. Pero su coronación propia de rey Federico I de Prusia, que debía satisfacer solamente su ilimitada vanidad y afición á la pompa, tenía una importancia y un alcance que él mismo ciertamente no acertaba á barruntar. Las campanadas que acompañaron esta coronación fueron al mismo tiempo la señal del fin del sacro imperio romano de nación alemana: eran sus campanadas de defunción, si bien el cadáver seguía durante cien años y más molestando y fastidiando á las gentes. El nieto del primer rey de Prusia Federico II ha sacado las conclusiones históricas y lógicas de la premisa de aquel día de enero de Königsberg, emancipando una vez para siempre la existencia del Estado de la ficción clerical y empujando á la joven Prusia en un sendero que, seguido con perseverancia, podía y debía algún día hacer á los Hohenzollerns dueños de Alemania, porque absolutamente en ninguna parte del imperio alemán existía ni se formaba otra potencia que hubiera podido á la larga rivalizar con la atrevida y pujante Prusia y aun ménos hacerle frente.

El absolutismo hohenzollerniano, digámoslo aquí por anticipación, debía acabar por triunfar sobre los otros absolutismos alemanes, incluso el habsburgo-lorenés, porque iba desarrollándose con el tiempo y sabía adaptarse á los cambios de condiciones de los tiempos. El primero ha verificado en Alemania y aun en Europa la transición del despotismo brutal al despotismo ilustrado en la persona de Federico *el Grande* después que el padre de éste, Federico Guillermo I, había puesto el despotismo brutal benévolo en lugar del despotismo brutal estúpido. La otra evolución del siglo XVIII, la evolución de la ilustración á la revolución, ciertamente no la ha efectuado el absolutismo prusiano, falta que ha tenido que expiar bastante duramente. Contenido por la conservaduría en el servicio del retrogradismo, Prusia estaba á punto de malograr su destino, hasta que finalmente, en la segunda mitad del siglo XIX, encontró otra vez la senda perdida. Los berlineses habían hecho un motín local en los días de marzo de 1848, pero el absolutismo hohenzoller-

niano hizo en 1866 una revolución nacional, obrando en esto conforme á su verdadera naturaleza, puesto que él mismo era de origen revolucionario, habiéndose introducido cual cuña de hierro en el cuerpo viejo y frágil del imperio para deshacerlo del todo más pronto ó más tarde....

Resumiendo lo dicho hasta ahora, podemos decir que la conciencia política moderna y la teoría moderna del Estado, separándose gradualmente del dogma eclesiástico, basáronse en la idea del hombre y de lo humano. En esta transformación paulatina podemos distinguir tres grados: en el primero, la política lleva todavía el sello eclesiástico, pero en realidad se maneja más en el sentido y espíritu eclesiástico-tradicional que en virtud de órdenes y mandatos clericales (absolutismo brutal benévolo); en el segundo grado, los príncipes no solamente se desentienden cada vez más de las teorías é influencias eclesiásticas, sinó que también colocan su soberanía, que en su concepto coincide con los intereses del Estado, por encima de los intereses de la Iglesia (despotismo ilustrado); en el tercer grado, finalmente, verificase la ruptura completa con las tradiciones de la Edad media, efectuándose la evolución ulterior no ya bajo la forma de lucha entre el Estado y la Iglesia, sinó bajo la forma de competencia entre los derechos del soberano, de la nobleza y del pueblo; en otros términos, entre la monarquía, la aristocracia y la democracia (época de las revoluciones). A esta gran lucha añádiéronse luego, á partir del siglo XVIII, nuevos motivos políticos sociales por la disgregación del tercer Estado, estado llano ó pueblo, en lo que llaman clase media y proletariado, manifestándose en estas dos clases tan brusca y decididamente como nunca antes, la antigua oposición entre poseyentes y desheredados, ricos y pobres, capitalistas y trabajadores.

El desarrollo científico de las teorías modernas del derecho y del Estado no ha partido de Alemania, si bien los alemanes no tardaron en tomar parte en este trabajo, demostrando Samuel Pufendorf, con gran precisión, que el derecho no es solamente un asunto de conveniencia y utilidad, sinó antes bien una idea moral. El primero que descartó por completo la ficción clerical del llamado derecho divino, deduciendo las nociones del derecho y del Estado inmediata y libremente de la conciencia humana, fué, como todos sabemos, el holandés Hugo de Groot (Grocio, muerto en 1645). Con él empezó la larga serie de los profesores de derecho político, civil y penal, y de los políticos socialistas que, afirmando ó negando, han establecido la doctrina del democratismo moderno. En el siglo XVII fueron principalmente los ingleses y holandeses (Hobbes, Milton, Sidney, Lócke, Espinoza), los que desempeñaron esta función, mientras que en el XVIII se encargaron de ella los franceses. Uno de estos, Montesquieu, ha escrito la biblia monárquica constitucional del liberalismo europeo (*De l'Esprit des lois*. 1749) y otro, Rousseau, el catecismo de la democracia republicana (*Le contrat social*. 1762). En el siglo XIX fueron otra vez franceses los que sacaron de la premisa democrática la conclusión socialista y comunista, edificando de buena fé los castillos utópicos del socialismo y comunismo (Saint-Simon, Fourier, Blanc, Cabet), ó deshaciéndolos otra vez con un fuerte soplo de crítica (Proudhon). A estos pre-

decesores franceses se han agregado los alemanes, tomando parte activa en el desarrollo de la teoría socialista, siendo Alemania en la segunda mitad del siglo XIX uno de los principales teatros de la guerra enconada entre el trabajo y el capital, el individualismo y el socialismo.

En todos los fenómenos señalados arriba se nos presenta otra vez la antiquísima y siempre nueva verdad histórica, que cuando sale el sol las cumbres de las montañas brillan ya con la luz clara, mientras en los valles continúa por mucho tiempo aun la oscuridad de la noche, así como en el soto de un monte reina todavía bochornosa quietud cuando la tempestad ruge ya en las copas de elevados abetos y hayas. Nó en el llano de la práctica diaria de la rutina, sino en las alturas del pensamiento aparecen las luces matutinales de una época nueva; no en el bullicio y estruendo del mercado, sino en el tranquilo gabinete de estudio de los pensadores solitarios, tiene su taller el genio de la humanidad; no la voluntad nacional supuesta razonable, pero fácil de extraviar por cualquier miserable adulador del pueblo, produce las grandes teorías, sino el trabajo, la inteligencia y el entusiasmo de algunos hombres escogidos de buena cabeza y sincero corazón. Si las masas populares no siempre abandonan, crucifican ó apedrean á sus verdaderos guías y héroes, siempre quedan por detrás de ellos á distancia de decenios y aun de siglos. De ahí las enormes diferencias y contrastes en los grados de cultura de cada nación, también de la alemana. Ciertamente hay centenares de miles de hombres y mujeres alemanas que están perfectamente á la altura de la cultura intelectual del siglo de la teoría de la descendencia de los coreeles de vapor y de las cartas de rayo. Pero esto no obsta que un genuino tirolés piense aun hoy, es decir, no piense como uno de sus antepasados del tiempo de Margarita Maultasche (que tampoco pensaban). A un labrador no sofisticado de Pomerania ó Mecklenburgo debe haberle lamido mucho la cultura si ha llegado á ser capaz de considerar el pequeño catecismo de Lutero como suma de toda la sabiduría humana. Para los curas bábaros adiestrados en estrecho seminario, las más espléndidas producciones de nuestro clasicismo son todas obras del diablo ó por lo ménos frivolidades inútiles. Una aldeana de Westfalia, de la raza genuina, de las que preparan el jamón, vería aun hoy tostar á un hereje con el mismo voluptuoso fervor que su tatarabuela vió matar á Juan Bockelson con tenazas candentes. Y sin embargo todos esos tipos de una barbarie todavía, por desgracia demasiado, muy esparcida en territorio alemán, pertenecen á la nación para la cual han pensado Kant y Lessing, escrito Goethe y Schiller, investigado y creado centenares de sabios y artistas ingeniosos.

Las diferencias y oposiciones indicadas podrian ampliarse formando una larga retahila, pues entre otras cosas podríamos hacer constar que el antiguo sistema de las castas subsiste aun de hecho, si bien no de derecho, y que la imbécil patraña de la sangre roja y azul influye aun poderosamente en la sociedad alemana. Pero hemos de tener presente que á este libro de la Germania se le han fijado limites determinados dentro de los cuales ha de circunscribirse. Y precisamente aquí en la introducción de la parte final conviene hacernos cargo de esta limitación de espacio, pues cuanto más rica y variada se

ha ido desenvolviendo la vida del pueblo en los siglos XVIII y XIX tanto ménos debemos dejarnos seducir á seguir todos los caminos que se nos abren sino queremos perder el rumbo y la vista del conjunto en la confusión de los por-menores.

